

17. El sentido de uno mismo como “yo” redimido

El Innominado, al igual que Zaqueo, ha renacido gracias a dos realidades que han entrado en su vida: una llamada y una compañía; una llamada y un encuentro que iniciaba un acompañamiento. Sí, como comenta Jesús después de la conversión de Zaqueo: “El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10).

Dios no cesa jamás de buscar al hombre, a cada hombre, de todas las maneras y a través de todo, llamándole, ofreciéndole el acontecimiento de una llamada que atrae su corazón más allá de sí mismo, que atrae su corazón a desear el infinito, la vida y la felicidad verdaderas.

Pero no basta la llamada, y Dios lo sabe. Cristo no llama solo a ir hacia Él: llama a *seguirle*, es decir, ofrece un camino con Él, que es primeramente su camino con nosotros, su acompañarnos en el sendero de la vida hacia su plenitud.

El Dios que busca y llama un hombre que desea la vida y días felices en medio de la multitud, san Benito lo pone al comienzo, en el Prólogo de la Regla. Lo que significa que a la llamada le sigue el ofrecimiento de un camino acompañado, para que la vida y el corazón crezcan en esta experiencia.

Los ejemplos de “yo” degenerado, “arrastrado”, que he presentado, nos describen nuestro “yo” arrogante o mezquino, mezquino en cuanto arrogante, y situado detrás de mil defensas. Es este yo mísero y perdido, que no sabe ni siquiera quién es, que no sabe ni siquiera que desea la felicidad, es este yo que el Misterio ha venido a buscarle, *in multitudine populi*. Es el yo de Pedro que Cristo ha venido a buscar y acompañar, y a corregir, hasta la madurez total de sí mismo para dar la vida por Otro. *El yo maduro es el yo redimido*, el yo que acepta que Cristo sufra, muera y resucite por nosotros, para salvarnos, para dar cumplimiento a toda la exigencia de nuestro corazón.

El yo redimido que une en una comunión fraterna irreductible. Pensad en la unidad entre el yo del Cardenal Federico y el yo del Innominado. Dos hombres totalmente diversos, dos opuestos absolutos. Sin embargo, la santidad del uno y la conversión del otro dio a ambos una identidad común: la Redención, el ser redimidos por Cristo. La Redención perfecta del pastor envejecido en la ascesis, en la caridad, en la pureza, y la Redención igualmente perfecta del malhechor abrazado por la misericordia de Dios, después de una vida de odio y de pecado. No hay ninguna diferencia de identidad. Es como entre María Santísima y la Magdalena al pie de la Cruz. La Redención crea entre nosotros una unidad, una comunión que hace inconsistente todos los demás aspectos de distinción.

El “sentido de las cosas de Dios” que Jesús pidió con energía a Pedro era el sentido de la Redención, un sentido de Cristo como Redentor y un sentido de sí mismo como hombre redimido por Cristo.

El yo redimido, el yo del Card. Federigo, transmite redención, comunica la misericordia de Cristo Redentor del hombre. Esta comunicación es la fecundidad virginal, la fecundidad monástica transmitida a todas las formas de consagración virginales, de modo que lo que engendra no sea la carne, sino la Encarnación redentora. Al pie de la Cruz, María y Juan, reciben el ministerio de esta fecundidad, la fecundidad de las relaciones nuevas en la Sangre del Redentor.

Es a esto a lo que Pedro, instintivamente, se oponía: no quería que Cristo engendrarse a la humanidad con la muerte y la resurrección. Quería que la engendrarse a través de una fecundidad humana, un éxito humano, realizado con medios que tenemos a mano, que no son el don del Espíritu que exhala el Crucificado muriendo por nosotros, amándonos hasta que todo está cumplido. Y el cumplimiento es Su amor que da la vida por nosotros y nuestro amor que recibe todo de Él, incluso el amor sin fin con el que somos enviados a engendrar el mundo entero para la vida filial transmitiendo la vida nueva que nos es dada, la vida redimida, la vida de hijos de Dios.

Justamente, no se trata ya de una *auto expresión*, la que ha nauseado el arquitecto de Graham Greene, aquella pretensión de fecundidad por nosotros mismos y para nosotros mismos que esteriliza la paternidad y maternidad de Cristo en nosotros: “La auto expresión devora también al padre”. Papa Francisco hablaría de “auto referencialidad”.

“Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús”, escribe san Pablo a los Filipenses, utilizando el verbo *phronein*. A esto es a lo que Jesús llamó a Pedro diciéndole que no tenía los sentimientos conforme a Dios sino conforme a los hombres. Y ¿cuáles son los sentimientos de Cristo? ¿Cuál es el “sentir” de Cristo, el sentido de la realidad que tiene Cristo, cuál es la sabiduría de Cristo, cuál es el gusto de la vida en Cristo?

Pablo lo explica con un himno que probablemente toma de la Iglesia primitiva, por tanto, de la conciencia del misterio otorgada inmediatamente por el acontecimiento pascual:

“Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.
Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.” (Flp 2,6-11)

Tener los mismos sentimientos de Cristo, el sentido de Cristo en la concepción de sí mismo, de Dios, del mundo, de la realidad, es un dejarnos conquistar por su pasión, muerte y resurrección, que irradian sobre toda la realidad, “en el cielo, en la tierra, en el abismo” (Flp 2,10), porque nada escapa al amor de Dios en Cristo muerto y resucitado, nada escapa a la Redención. Solo nuestra libertad puede huir, sustraerse al rostro redimido del universo, pero, por la libertad de Dios, nada ni nadie escapa de por sí a la Redención. Se necesita quererlo, como Satanás, y por esto Jesús corrige tan fuertemente a Pedro, para sacudir su libertad, para ponerla en guardia que también nosotros podremos no estar ante la libertad gratuita de Dios con una libertad que acepta, que acoge, que escucha, que se deja penetrar en su modo de sentir por los sentimientos de Dios.